

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3, 5.7-12): *Pídeme lo que deseas que te dé.*

Salmo (118, 57y72.76-77.127-128.129-130): *«¡Cuánto amo tu ley, Señor!»*

2ª lectura (Romanos 8, 28-30): *A los que aman, todo les sirve para bien.*

Evangelio (Mateo 13, 44-52): *El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido.*

Las personas necesitamos el descanso, sobre todo cuando nuestra actividad es agotadora por el esfuerzo físico y también mental en el trabajo de cada día durante la mayor parte de los días del año. También es necesario el tiempo de reflexión y de participación, pues hasta el tiempo de ocio y de vacaciones nos lo dan planificado y dirigido a cambio de dinero y de cosas apetitosas, desde las visitas guiadas hasta la gastronomía exótica y engañosa.

Lo que las personas procuramos para nuestro desarrollo como personas y para el de los demás no se basa nunca en tener mucho dinero o en trabajar en puestos muy importantes. La sabiduría de la que nos habla la primera lectura, y que se aplicará también en el Nuevo Testamento a Jesús, es el reconocimiento que vamos haciendo cada cual de nuestras capacidades para discernir libremente lo que conviene al desarrollo personal y al de las personas que están junto a nosotros y para las que resultamos referencia en su crecimiento personal.

De cómo afrontamos los nuevos tiempos y las nuevas situaciones de esta nueva época que nos toca vivir se están aprovechando algunas personas y algunos colectivos (bancos, multinacionales, bolsas de valores económicos, países poderosos) para marcarnos la ruta del tener por encima del ser. Para que todas las personas tengamos vida, y la tengamos en abundancia, hemos de tener en cuenta el buen vivir de nuestros antepasados cuando tenían lo necesario, aunque no fuera lo justo. Ahora unos cuantos tenemos más de lo que necesitamos para vivir, mientras otros muchos padecen la injusticia de un mundo mal repartido. Viviendo así de atrapados resulta muy difícil proyectar un futuro esperanzador para las personas que están viniendo: los que nacen aquí y los que acuden de otros países.

Salomón No tiene miedo de decirle a Dios que él no es más que un muchacho y que no sabe cómo actuar, que se siente perdido en medio de su pueblo. Le pide sabiduría para **«gobernar al pueblo y distinguir entre el bien y el mal»**. No sé cuántos de nosotros haríamos una petición como esa. Y en caso de que se nos ocurriera, no sé si tendríamos claro para qué querríamos esa sabiduría.

Me asombra la claridad del joven gobernante de que el pueblo no es su pueblo, sino el pueblo de Dios. No va a guiar a los suyos, sino a hombres y mujeres que pertenecen exclusivamente a Dios. *¡Salomón sabe que él no es el dueño del pueblo, que ese pueblo es de Dios!* ¡Cuánto deseáramos que los gobernantes, en la actualidad, tuvieran igualmente claro que el pueblo no es suyo! ¡Cuánto deseáramos que todos los que ocupan algún liderazgo en la sociedad, en la economía, en el campo educativo, en las familias, en cualquier ámbito, tuvieran esa convicción! ¡Cuánto deseáramos que los que dirigen la Iglesia también lo tuvieran siempre claro!

En la tradición cristiana solemos hablar del *“don de la sabiduría”* y del *“don del discernimiento”*. En el evangelio, también Jesús nos habla de la importancia de saber valorar justamente, pues a veces hay que tomar decisiones muy importantes. No es posible conservar todo lo anterior y adquirir el campo donde está el tesoro: hay que saber deshacerse de mucho para lograr lo mejor.

Me parece imposible, en la brevísima parábola de la perla, que el mercader pudiera conservar todo lo que tenía y pudiera adquirir simultáneamente la perla de gran valor. Tuvo que vender para poseer, tuvo que dejar de tener para obtener, tuvo que deshacerse de todo lo que tenía por aquello que deseaba tener. No se corre un riesgo así de cualquier manera.

En el evangelio se nos dice que el que encontró el tesoro fue a vender lo suyo **«lleno de alegría»**, pero, conozco demasiada gente que no deja ni siquiera lo que ya no le sirve y conozco también mi propia dificultad para prescindir de algunas cosas, no solo de las muy útiles, sino incluso de las totalmente superfluas y además hacerlo *“lleno de alegría”*.

Me parece necesaria una verdadera sabiduría de corazón para tomar decisiones tan serias. No solo para distinguir entre lo malo y lo bueno, entre lo bonito y lo necesario, entre lo acostumbrado y lo conveniente, entre el bien y el mal. Si ni siquiera ejercemos la sabiduría en las cosas cotidianas, me pregunto si la sabríamos utilizar en los asuntos del Reino de Dios, cuando los bienes prometidos no son tan inmediatamente tangibles como un tesoro o una perla.

Cuando nos convertimos en verdaderos seguidores del Maestro, y con él identificamos nuestra vida, es cuando estamos dedicándonos a lo que él se dedicaba: **«Vosotros buscad el Reino de Dios y su justicia»**. El evangelio está plagado de ejemplos de vida sencilla y feliz de las personas que vivían en contacto con la naturaleza y con los vecinos; en caso de apuro acudían a las personas que podían ayudarlas. Ahí encontraban a Jesús, que se convertía en el verdadero tesoro que necesitaban para descubrir cómo donde está tu tesoro allí está tu corazón, y no al revés, porque muchas veces ponemos el corazón y la vida en tesoros que se apollillan o te los roban.